

Coordinado por Carlos G. Gurpegui

De tenebris

Antología de terror hispánico



ReaDuck 
Narrativa Allas

De tenebris.
Antología de
terror hispánico

Colección Readuck Narrativa Alas

De tenebris.
Antología de
terror hispánico
Coordinado por Carlos G. Gurpegui

ReadDuck®

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos sin el permiso y por escrito del Editor y del Autor.

Ilustración de portada e interiores: **Ivan Papiol**

Corrección: **Marina Montes**

Maquetación: **José Antonio González Padilla**

©**Carlos G. Gurpegui, Eleazar Herrera, Nieves Mories, Mariela González Álvarez, Álvaro Arbonés, Irene M. Fernández, Inés Alcolea Llopis, Mal Lawless, Guillermo Blázquez, Elena Santiago González.**

Director de la colección: **José Antonio González Padilla**

Título: De tenebris. Antología de terror hispánico

Octubre de 2020. Primera edición

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Podiprint

©ReaDuck Ediciones

41020-Sevilla

E-mail: ediciones@readuck.es

www.readuck.es

ISBN: 978-84-18406-28-7

ISBN ePub: 978-84-18406-29-4

ISBN Mobi: 978-84-18406-30-0

Depósito Legal: SE-1757-2020

Índice

PRÓLOGO

Callijuelas

Irenea M. Fernández

Dalia Saavedra

Elena Santiago González

El descenso

Inés Alcolea Llopis

Y te daré mis alas

Eleazar Herrera

Caleidoscopio

Mariela González Álvarez

La Gran Tribulación

Mal Lawless

La sangre de mi pueblo

Guillermo Blázquez

El pozo de San Lázaro

Álvaro Arbonés

SIGNATUS

Nieves Mories

Macarena libre

Carlos G. Gurpegui

Biografías

PRÓLOGO

Durante las semanas de selección de los relatos que estás a punto de leer, pensé a menudo en qué palabras pondría para comenzar esta antología. ¿Qué poner en un prólogo? ¿Tienen sentido? ¿Los lee alguien? Si no lees nunca este prólogo no te preocupes, todo perdonado.

Si lo lees, supongo que lo idóneo es que te ponga al día de qué es exactamente *De Tenebris*. Lo primero que puedo decir de la antología que he tenido el placer de gestionar es que fue una idea de esas que se te quedan clavadas con garras y dientes en la nuca y te van chupando la sangre cada noche. Un sorbito cada vez que me tumbaba en la cama: ¿y si la temática fuera esta?, ¿y si llamase a tal autora o autor?, ¿estaría alguien interesado en algo así?, ¿tiene siquiera un ápice de novedad? Cuando la idea se convirtió en una pústula del tamaño de mi puño, decidí reventarla con un alfiler, así que cogí el teléfono y contacté con ReaDuck Ediciones con quienes me une una obra editada y una buena amistad.

Y nada, dicho y hecho. La idea se transmitió por teléfono y ya uno podía notar como iba robándose también una *mijita* de sangre a cada día que pasaba hasta que dieron luz verde. Esa idea ha terminado creciendo, muy bien alimentada con la tinta y sangre de todas las personas implicadas en su proceso y, siento decir, que eso también te incluye a ti que estás leyendo esto.

De Tenebris es una antología de ficción *weird*, en su acepción más amplia, con una base común: España entendida de la manera más amplia y diversa. Entre los relatos que recibimos para hacer la selección encontramos diferentes ideas y conceptos de lo que puede ser España. Desde la Asturias casi prehistórica hasta un navío de nacionalidad española en aguas extranjeras, todo eso pasando por ciudades, pueblos y leyendas conocidas, y no tan conocidas, de toda la península. Historias de barrios pobres, de pueblos de esos que estamos dejando morir lentamente, pero también de rincones ocultos en las ciudades más importantes de nuestro país.

Todo eso y más llegó a mis manos. Buscaba que la gente escribiera sobre sus hogares, sus barrios y sobre los cuentos de sus abuelas. O acerca de las leyendas locales que aprendieron en el instituto, de esas historias que uno se aprende y luego cuenta cuando pasea por sus ciudades: «Mira, ahí vivía la Susona y ahí colgaron su cabeza» o «Aquí, debajo de este puente, en el pozo de San Lázaro, dicen que hay una extraña estatua», pero también buscábamos esas historias que surgen de los pequeños detalles cotidianos. Ese terror que puede llegar a transmitir algo tan sencillo y castizo como un azulejo... ¿Difícil de imaginar? Esperad a leer una de las historias aquí recogidas. Todo eso, y algo más, lo conseguimos y de esa amplia variedad elegimos cinco relatos que se unirían a los escritos por las cinco autoras y autores invitados.

Podría desgranar aquí en pocas palabras cada uno de los diez relatos seleccionados, pero creo que le quitaría la gracia al asunto, pero basta decir que saben beber de nuestra tierra. Una tierra que, por suerte, cada vez es más común entre los textos que consumimos ya sean en formato escrito, audiovisual o lúdico, pero que todavía está lejos de recibir la atención que debería. Sirva esta antología como pequeña aportación a esa tarea.

Reconozco que el principal aliciente que hizo que se me pegara la idea a la nuca era la intención de arrojar algo de luz sobre nuestra cultura y nuestra forma de escribir ficción *weird*. Mirar a los rincones más oscuros de nuestros pueblos, campos y ciudades y adentrarnos en sus recovecos en busca de esos terrores enraizados en nuestra forma de ser. Encontrar una manera propia de escribir *weird* y creo que esta pequeña selección es una buena muestra de cómo hacerlo.

De Tenebris busca a partes iguales hacer que toda persona que se adentre en sus páginas sienta la fascinación de descubrir algo nuevo, el temblor de pensárselo bien antes de pasar página y, sobre todo, la chispa que lleve a querer sentarse a escribir desde lo más profundo de su ser.

Carlos Gómez Gurpegui

Madrid, 13 de septiembre de 2020

Callijuelas

Irenea M. Fernández

Cada cierto tiempo, alguna pequeña chispa alteraba la paz en el patio de vecinos y este pasaba de ser territorio neutral a convertirse en el escenario de una batalla campal. Daba la casualidad de que tal fenómeno solía producirse los sábados por la mañana, cuando la mayoría de los niños de las *callijuelas* nos encontrábamos ociosos en mayor o menor medida.

Mis hermanos se colocaban a un lado del pozo y los retoños de María la Porcachona, con sus rodillas llenas de rasponazos y las caras ribeteadas por churretes oscuros, en el contrario. Cada bando cerquita de la puerta de sus respectivas casas, por si había algún herido o por si doña Concha, que ocupaba la tercera de las viviendas, salía con su bastón a darnos para el pelo.

Así nos las gastábamos en nuestra pequeña islita del sur. «La tierra de los dos mares», como la solía llamar mi padre, sobre todo cuando la gorra le salía volando calle abajo entre remolinos de arena salobre de las salinas y pétalos secos de buganvillas que aleteaban desesperados valiéndose de la nueva vida que se les había insuflado: «La *mare* que parió al levante y la *mare* que parió al poniente».

—Tú mantente al margen, Antoñita —dijo mi hermano Rafael mientras me apartaba con el brazo—. Esto es cosa de hombres.

Fruncí el ceño con desagrado. ¿Hombres? ¡Si él ni siquiera había cumplido los once y yo le superaba en edad y envergadura!

—He venido a luchar —le espeté— y traigo munición de la buena. —Le mostré el interior del pequeño saquito de arpillera en el que solían venir los garbanzos. Estaba lleno hasta arriba de conchas de cañaíllas.

—Está bien, pero si *maíta* nos pilla, le voy a decir que fuiste tú la que no me *hicistes* caso.

La batalla apenas duró unos minutos, pero cuando Rafael, Diego y

Juanín la rememoraran el lunes en clase sería tan épica como la de Waterloo. Yo ya no iba al colegio, así que no podría vanagloriarme de mi papel en la lucha. Siendo la mayor de nueve hermanos y con otro en camino, mamá me necesitaba en casa más que en la escuela. Al menos me había dado tiempo a aprender a leer y sumaba y restaba de cabeza mucho mejor que mi madre.

Todos terminamos con algún rasguño, sobre todo los del bando contrario, porque las picudas aristas de las cañaíllas nunca fallaban. Yo, como de costumbre, había salido la mejor parada, más que nada porque era la única que no temía parapetarse pegadita al pozo, donde dormía el Hombre Morado. La mayoría de los niños del patio le tenían miedo, pero yo había acabado por acostumbrarme a su presencia; de hecho, durante las noches calurosas en las que me quedaba afuera hasta bien entrada la madrugada, mientras zurcía los calcetines que llevarían puestos al día siguiente mis hermanos, ponía la silla de enea cerquita y me ponía a cantarle coplillas:

*Tiriti-tiriti-titero, que su madre lo ha parío en cueros, y le ha hecho una
camisita que no le tapaba ni la barriguita.*

No tenía ni idea de si le gustaban, pero nunca me hizo entender lo contrario.

A menudo, los niños del patio nos retábamos para ver quién era capaz de llegar hasta el pozo y asomarse con más de medio cuerpo. Yo había resultado ganadora varias veces. Pero la verdad era que me mostraba tan valiente porque el Hombre Morado no siempre se dejaba ver, y había querido la suerte que solo llegara a vislumbrar aquel cuerpecillo negruzco agazapado entre las sombras apenas una vez en toda mi vida.

—¡Antoñita, hija! —me gritó mamá desde la puerta de la cocina—. Vente *pá'dentro* o te arreo tal zapatillazo que se te van a quitar las ganas de jugar a las batallas. —Obedecí a regañadientes, lo que me costó un tirón de trenzas por parte de mi progenitora, que a esas alturas ya volvía a lucir la figura de una ballena varada—. Ayuda a

tus hermanas a pelar las habas, que a este ritmo no termino yo el guiso de chocos para que le lleves la olla a doña Compasión.

Doña Compasión era una viuda que vivía en una casa enorme de la calle Real. Mamá le llevaba la comida cada día porque a la vieja ya no le sobraban los dineros para tener cocinera, y solo tenía como servicio a mi tía Luisi, la hermana chica de mi madre, que de cocinar sabía entre poco y nada. Así que mi madre le llevaba una ollita con el guiso que tocara ese día y así se ganaba un buen sueldo.

Mis hermanas estaban desperdigadas por la cocina. Manolita y Teresa pegadas al fogón y a las faldas de mi madre, con un puñado de vainas vacías en el regazo; Carmen junto a la mesa, comiéndose las habas crudas, y Estrella, que solo tenía dos añitos, molestando al bebé Paquito, que descansaba en su cuna de madera.

—Hemos ganado —le susurré a Manolita al sentarme junto a ella. Mi hermana me sonrió, mostrando sus enormes paletas separadas, y manifestó su entusiasmo abriendo mucho los ojos, también separados y cubiertos por unas gruesas gafas. Para poder pagarlas, papá había tenido que aceptar un tercer trabajo, y por lo tanto eran las culpables de que ahora le viéramos todavía menos el pelo por casa.

De todos mis hermanos, Manolita era sin lugar a dudas mi preferida. Ella veía las cosas de un modo diferente; más simple, pero al mismo tiempo más rico en detalles. A veces se quedaba pasmada en mitad de sus tareas y, pese a que los demás pensaban que estaba cazando moscas, yo sabía que lo que hacía era darle vueltas a esa cabecita suya. ¡Anda que no era lista, la *joía*!

Además, siempre sabía cómo hacerme reír y me colmaba de besos y abrazos cuando más los necesitaba. La pobre mía había estado muy malita de pequeña y a veces pasaba los días en cama porque amanecía debilucha. Mamá contaba que, la noche que Manolita nació, la tuvo que esconder bajo la cama porque la Dama Buitre quiso venir a llevársela. Afortunadamente se quedó con nosotros y no nos la cambiaron por un cochino ni un gallo, como suelen hacer algunos padres que no quieren a sus bebés y se los ofrecen a la carroñera

como intercambio. La Dama Buitre era una segadora de almas, pero siempre solía dejar algo a cambio.

—Antoñita, por favor, dile a la tata Juana que se deje ya de tanto suspiro. Que no la veo, pero no paro de escucharla y me desconcentra —soltó mamá, exasperada.

Me asomé a la otra habitación de la casa, en la que dormíamos todos, y vi a la tata de mi madre sentada en la butaquita de la esquina, con las manos entrelazadas y los pies muy juntos; exactamente en la misma postura en la que se ponía cuando estaba viva. La tata no había tenido hijos y, cada vez que mi madre estaba en estado de buena esperanza, que venía a ser casi siempre durante los últimos trece años, ella se sentaba en su rinconcito y se dedicaba a suspirar contrariada. Dicen que las viejas costumbres nunca mueren y debe ser verdad, porque la tata siguió haciéndolo incluso después de que la enterráramos hace ya tres inviernos.

—¡Chist! —exclamé enfatizando mi petición con un dedo sobre mis labios— ¡Tata, para ya! Que mamá no atina con los chícharos y los chocos.

Una vez que los suspiros cesaron y gracias al apoyo de mis ágiles manos, el guiso estuvo listo en una media hora, así que cogí la cazuela y me encaminé calle arriba para llevárselo sin demora a la vieja, que de compasiva solo tenía el nombre.

—Ya era hora —dijo Luisi al abrirme el portón—. Lleva veinte minutos rezongando que tiene hambre.

—Aquí tienes. —Le pasé con cuidado la olla, que tenía agarrada con un paño—. Si te apuras se lo sirves calentito.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Qué bien huele! Aquí hay suficiente para comerme un buen plato, incluso aunque doña Compasión repita.

—¿Y repite plato con lo seca que está?

—No te puedes imaginar cómo jama —susurró—. Y después se come un pero o una naranja de las gordas.

—¡La Virgen!

—¡Niña! No blasfemes —me regañó mi tía.

—¡Pero si no he dicho *ná!* —Estaba empezando a ser consciente de que había entrado en una edad en la que ya no te hacen las concesiones que se le hacen a los niños, pero los adultos tampoco te permiten tratarles como a iguales, así que opté por callarme mis reproches—. Bueno, ¿tienes lo mío?

—Toma —contestó mientras sacaba un bulto de debajo del delantal y me lo entregaba tras mirar sobre su hombro que no hubiera nadie espiando—, pero *cuidaíto* con doblar ninguna página.

—¡Qué no, tita! Que yo siempre los trato con mucho *cuidao*.

—Eso espero. Venga tira, que ya la tengo sentada a la mesa.

Luisi me cerró la puerta en las narices, y yo me dispuse a desandar el camino hasta mi casa, pero antes eché un vistazo al tesoro encuadernado en piel que tenía entre las manos. *La Regenta*, leí en el lomo y, frunciendo el ceño, empecé a imaginar de qué podía tratar. Ya estaba llegando a la esquina de la Iglesia del Carmen cuando adiviné a lo lejos la figura del mayor de los Chamorro. Alto, delgado como un junco y guapo a rabiarse el muy condenado.

—Muy buenas, Antoñita —saludó situándose a mi lado mientras doblábamos la misma esquina desde direcciones opuestas—, ¿qué traes ahí?

—Pues un libro, ¿no lo ves?

—Bueno, no soy tan cazurro. Lo que quería saber es de qué libro se trata. —Me lo arrebató de las manos con una velocidad pasmosa—. ¡Vaya! Creo que eres demasiado niña para este.

—¡Devuélvemelo! —Se lo quité con malos modos—. Que me lo han prestado y lo vas a estropear. Y para que lo sepas, ya tengo doce años. Entraré a servir en cuanto mis hermanas sean capaces de ayudar a mi madre en casa.

—Oye, no te lo tomes a malas. Yo solo lo digo porque no creo que te vaya a gustar. —Ambos guardamos silencio durante un rato, mientras bajábamos la calle empedrada. Le eché una mirada con disimulo. Llevaba las manos dentro de los bolsillos y la mirada azul pegada al suelo.

—¿Y tú de dónde vienes a estas horas?